

PAUTAS DE ORACIÓN **FAMILIA MISIONERA "VERBUM DEI"**



INTRODUCCIÓN.-

La semana pasada vimos cómo un verdadero diálogo con nuestro Dios nos revela poco a poco, palabra a palabra, la identidad de nuestro SER AUTÉNTICO.

09.01b EN LA FRAGUA DEL AMOR DESCUBRIMOS NUESTRA IDENTIDAD

En la FRAGUA DEL AMOR que es la oración, nuestro "yo" entra duro como un hierro pero poco a poco el calor del Amor que se nos inyecta a través de la Palabra leída, meditada, contemplada, amada, vivida desde nuestra pobreza, va modelando nuestro SER confiriéndonos una IDENTIDAD NUEVA: la del AMOR DESINTERESADO.

En esta fragua, los golpes de la vida no nos rompen sino que – como el martillo sobre el hierro al rojo vivo- nos dan una forma más bella, la que nuestro Redentor va configurando con todo su Amor.

Retomamos los pasajes de la semana pasada profundizándolos...

1. Una y otra vez... nos llama para que estemos con él... y nos dejemos contagiar de su SER (Mc 3, 13-19)

Somos llamados por el Dios que es FAMILIA TRINITARIA por lo tanto si nos preguntamos "¿cuál es nuestra identidad?" la respuesta es facilísima: nuestro SER ES FAMILIAR. Los primeros **llamados** no tenían más lazos que el haber sido **mirados, escogidos**, por Alguien... y eran tan diferentes los unos de los otros... Sin embargo todos experimentaban la necesidad de ir detrás de Aquel que les había "**separado**" de su dureza inicial. El fuego de su Amor les hace FAMILIARES DESDE UN AMOR QUE NACE EN DIOS y les mantiene UNIDOS entre ellos. Empiezan a surgir lazos que sobrepasan los de carne y sangre porque la pureza de la esencia que les une es más íntima, más profunda, más auténtica, más divina. Fallan, se enfadan, dudan, pero viven en la ESENCIA de un AMOR que es MISERICORDIA.

2. En este diálogo de fe descubro cómo soy comunidad (Hch 2, 42-47 y 4, 32-35).

El secreto de aquellos primeros momentos sin Jesús estaba en el deseo de ser fiel, desde el amor, al Amor que les había llamado. Jesús les había dicho muchas veces, con sus palabras y sus gestos, hasta dónde les amaba... y la consigna era “dichosos seréis si lo cumplís”, “amaos como yo os he amado” (Jn 13, 14 y 17; 15, 12).

Por eso la primera comunidad se empeña en permanecer unida:

- Acuden asiduamente a la oración, a la formación, a la Eucaristía, al compartir fraterno con un espíritu alegre y fraterno.
- Tenían un solo corazón y no tenían nada suyo: eran sensibles a las necesidades de los demás y dejaban “lo que les sobraba” entre las manos de los apóstoles para que si otros pasaban necesidad lo repartiesen.
- El testimonio de vida era tan atractivo que “el Señor atraía a la comunidad a muchos otros para que se salvaran”.

Cada uno sabe lo que tiene pero el primer paso es reservar el tiempo necesario para orar solo y en comunidad desde la formación que se da a partir de la Palabra y la formación de los responsables de la comunidad. Crecemos juntos aunque la respuesta es personal.

3. Habiéndonos amado nos envía a todos (Mt 28, 19-20), nos encomienda expresar “lo que hemos visto y oído” (1Jn 1, 1-4).

Nos envía a todos: cada uno tiene su parcela para trabajar, su lugar en el conjunto, solo tenemos que pedir al Señor que nos ayude a descubrirlo cada día: niños, adolescentes, jóvenes, adultos, casados, solteros, mayores... El peor mal de una comunidad es la comparación, la envidia, el querer ocupar el lugar del otro y pensar que los demás no nos valoran para nada importante porque hay otros que tienen más valores o que lo hacen “mejor” que yo.

Dialogar con el Maestro, escuchar su amor personalizado es el contenido de lo que tenemos que transmitir a muchos, cada uno a aquellos con los que se encontrará en el camino. Lo que nos ha hecho felices a nosotros es capaz de hacer felices a los demás... y cuando alguien está feliz desborda de generosidad, es espontáneamente comunicativo.

Cuando calculamos y nos encerramos en nosotros mismos, en nuestras costumbres, en nuestros miedos nos sentimos mal: no hay mayor bien para transmitir a toda la sociedad que nuestra mente, nuestro corazón, nuestra expresividad habitada por el Amor que contagia libertad, dignidad, solidaridad, ganas de construir un mundo nuevo.

4. El Padre nos llama a dejar que la Palabra de Cristo habite en nuestros corazones (Ef 3, 14-20)

La verdadera promoción nos viene de ese DIÁLOGO que coge nuestra vida desde lo más profundo de nuestro ser y que nos enamora cambiando nuestra forma de pensar, de amar, de actuar.

Con Él aprendemos a percibir nuestras limitaciones –aquellos puntos flacos que me traicionan casi sin que me dé cuenta- y nuestras capacidades y talentos. Aprendemos a distinguir el bien del mal. Con Él nos damos cuenta de que somos débiles pero experimentamos la grandeza de una fuerza que no es nuestra... la madurez no nos viene de saber hacer mejor las cosas sino de fiarnos de lo que nos ha prometido en la oración: Él ha empezado en nosotros una obra buena y la llevará a término (Flp 1, 3-6). Es el Padre quien nos capacita con Palabras siempre amorosamente actuales, el Espíritu quien nos fortalece con sus dones y explicándonos en cada momento el punto en el que necesitamos crecer.

Muchas veces me he preguntado qué debió ser lo que movió a los apóstoles a definirse por la dedicación exclusiva a la oración y al ministerio de la Palabra dejando a otros el servicio de los pobres... realmente hacer esto fue un salto de madurez en un ambiente en el que necesidades físicas abundaban y reclamaban prioridad, ¿acaso no había vivido Jesús lo mismo? (Lc 4, 40-44).

5. La Palabra gesta la vida en nuestro interior y nos hace “madre y hermanos” de muchos (Lc 8 19-21).

Jesús pide a los suyos esos saltos de madurez: su familia va a verle y tienen que escuchar que Jesús prioriza los lazos que genera la fe en la Palabra a los que vienen de la carne y de la sangre.

Hemos hablado de atraer a través de nuestros gestos para contagiar a todos los que tengan que salvarse ¿cómo ser tan ilógico y tan “grosero” entonces? Sin duda no es fácil ponerse ante el mundo con esos valores... a no ser que el Amor al Amado sea más fuerte que la opinión de los otros... Él empieza a presentarnos a nuestros nuevos hermanos y nos pide que vivamos para ellos: nuestra familia es otra... Aquí nos presenta a los que escuchan la Palabra y la cumplen como “los nuestros”. A partir del contacto con Él vamos a descubrir la necesidad de ser “padres y madres” de la Vida de Dios en muchos.

En estos momentos de la historia Él necesita apóstoles que den la vida para que muchos recuperen su ser “hermanos” y “familiares de Dios”. Escuchar la Palabra, asimilarla, intentar vivirla y practicarla es servir al corazón desorientado del hombre el mejor manjar.

6. Nuestra identidad nos la da la llamada de Alguien que se ha hecho carne de nuestra carne (Jn 1, 14)

Orar, pues, es dejar que “el que se ha hecho carne” para acercarse a nosotros pueda habitar en todas nuestras relaciones y reacciones... ¡Cuánto cambiarían nuestras relaciones entre “superior-inferior” si todos viviésemos este Evangelio!

- El Buen Pastor recorre Km para encontrar la oveja perdida...
- El Maestro está en medio de los suyos como el que sirve (Lc 22, 24-27), Si Él está, el “superior”, el “jefe”, no se siente mayor que los demás... es el que se mantiene más atento y solícito a las necesidades de todos. (cfr. Jn 13).

Orar es llegar a contemplar al Señor para desear imitarle lo más de cerca posible. En éste diálogo amoroso Él seduce nuestro corazón: Tú, mi Dios, te has dignado venir para ser uno de nosotros para rescatarnos del sinsentido; te has abajado para elevarnos ¿cómo no darte la vida para que puedas continuar tu obra de amor por toda la humanidad?

7. - *Compartir una misión específica en la Iglesia*¹

La misión o evangelización es algo tan extenso, una realidad tan "rica, compleja y dinámica" (EN 17) que nadie puede abarcarla enteramente: es todo lo que se refiere al acercamiento del Reino de Dios a los hombres, desde la liberación de las esclavitudes de todo tipo, pasando por el perfeccionamiento cultural, el cultivo de valores, el anuncio de Jesucristo y su mensaje, la catequesis, hasta llegar a la celebración de la fe en los sacramentos y la contemplación del Reino en la oración... Es ahora cuando tendremos que hablar de la misión en un sentido más particular y reducido: la misión que tiene cada cristiano, cada comunidad cristiana, es esa pequeña parcela de la Viña del Señor que Él nos encarga de manera especial que cultivemos, y de la que nos hace especialmente responsables.

No podemos olvidar que nuestra participación en la Iglesia y en su misión evangelizadora, no es de una forma anónima ni indiscriminada, sino plenamente personalizada. Cada uno descubre su puesto en la misión común a partir de sus propios dones y cualidades, pero también desde las llamadas que percibe de las necesidades del mundo y de la Iglesia (cf. ChL 28.2).

¹ Lo siguiente es un trozo de un artículo de Antonio Botana en **CUADERNOS FRONTERA HEGIAN N° 62, La Familia evangélica como horizonte...**